

A Ainhoa Gázquez le arrebataron el alma un jueves de 1999. Todos los jueves se iba con su bebé al Parque Grande, se tomaba un café en un velador, le daba la merienda mientras tomaban el sol y después paseaban entre las arboledas hasta que se hacía la hora de volver a casa, nunca antes de las seis y media ni más tarde de las siete. Le gustaba esperar allí a Bruno, su pareja, para darle un beso y preguntarle cómo le había ido el día. Ella se encontraba entonces en uno de esos periodos de felicidad furtiva, inadvertida, que solo valoramos cuando la perdemos, centrados como estamos en las obligaciones, la rutina y el cansancio acumulado. Tenía veintiocho años y estaba enamorada. Compartía su vida con un hombre al que calificaba de maravilloso, un tipo divertido y popular con un incuestionable don de gentes, que siempre sabía arrancarle una sonrisa a su cara y un beso a sus labios. Su presencia la llenaba de energía y ganas de vivir. Ciertamente es que había sido un tarambana, pero quién no había desfasado siendo joven, incluso ella se había excedido en ocasiones con el alcohol y los ligues. Llevaban juntos cuatro años y compartían piso desde el último año y medio. Lo quería. Él estaba mucho más centrado desde el nacimiento de Jorge. Es verdad que ella a menudo se agobiaba porque estaba todo el día sola con el niño, que tenía el carácter de su padre: inquieto, inconformista, vocinglero, y además sufría cólicos, lo que le hacía estar llorando más tiempo que dormido. Como era de fuera y no tenía amigos, ni apenas conocidos, en la ciudad del Ebro, pasaba todo el día con su hijo. Pero amaba a Bruno con mayúsculas, como siempre había deseado sentir y nunca hasta entonces le había sucedido. Cada momento de intimidad que compartían compensaba plenamente el resto de las horas de agobio y soledad. Su chico se pluriempleaba. Tras haber finalizado su contrato con el ejército español había conseguido un empleo de guardia de seguridad en un polígono industrial, el cual compaginaba con otro

de mensajería, lo que conllevaba salir de casa a las siete menos diez de la mañana, trabajar de *segurata*, comer fuera, trabajar de mensajero y regresar con el cuerpo anquilosado por la espera, los paseos y el aburrimiento matinales más la inquietud, el ajetreo y los agobios vespertinos. A Ainhoa le parecía guapo. Y aunque en verdad tenía un innegable atractivo masculino, era cosa del amor más que de la objetividad la conclusión de ese juicio. Cada vez que la abrazaba, cuando lo veía bañar al pequeñín o jugar con él en su regazo, sentía un cosquilleo de felicidad real que le dibujaba una sonrisa indestructible. Después, cuando el niño se dormía y él la poseía haciéndola sentir más importante que nunca, creía comprender el sentido de su vida y entendía que todo estaba en orden, que se arreglarían las dificultades económicas por las que atravesaban y que, antes o después, retomaría la incipiente carrera periodística que había abandonado tras el embarazo. No le asustaba la hipoteca variable a treinta años que habían firmado con el aval de sus padres, y desaparecía esa ligera, aunque molesta, sensación de haber desaprovechado el porvenir para ocuparse de un retoño impertinente cuyo llanto parecía el graznido de los cuervos.

Apenas tenía tiempo para leer la prensa, aunque sabía que los serbios estaban realizando una brutal limpieza étnica en Kosovo. Quién sabe, se decía, tal vez me hubiera ido allí de haber estado activa. También conoció por los telediarios las muertes de los reyes Husein de Jordania y Hassan de Marruecos, y en menor medida se enteró de las fusiones entre bancos españoles. A decir verdad, tampoco le importaban demasiado; su prioridad era respetar los turnos de comida de su hijo, su calendario de vacunas y cambiarle los pañales, cada vez más apestosos.

El destino es insensible igual que los sicarios. Nada parecía indicar que aquel jueves iba a ser el Jueves. Jorge lloró con la misma desesperación de siempre. Las horas de tedio cotidiano se le hicieron tan largas y angustiosas como cada día. Tenía tantas ganas de comerse a Bruno a besos como de costumbre. Y ni siquiera encontró una válvula de escape en culpar de su desgracia a algún factor externo casual, sobrevenido: una migraña, la pérdida del autobús o unas décimas de fiebre en el pequeño le habrían resultado suficientes.

No hubo razón alguna para ello. Sin motivo, tomó la decisión de no atravesar media Zaragoza para llevar a su hijo a un parque. Quiso cambiar la rutina y, desde luego, lo hizo para siempre. Dio una vuelta por el centro, anduvo mirando escaparates, con Jorge dormido en el carrito, e hizo algunas compras.

Llegaron a casa a eso de las cinco. No tendría que haber habido nadie.

Pero encontró lo que no andaba buscando.

Su llave giró sobre el bombín de la cerradura tan solo media vuelta. Rememoró un instante y concluyó que debía de estar equivocada, que al marcharse no había echado la doble vuelta de costumbre. Empujó el carro del bebé con sumo cuidado para no despertarlo todavía: por una vez que estaba disfrutando de una siesta larga no iba a ser ella quien la interrumpiera. Atravesó el umbral, cerró la puerta, dejó el coche en el pasillo y depositó en la mesa de la cocina un par de bolsas antes de avanzar hacia su habitación para cambiarse.

Después de la incredulidad, sintió un golpe de miedo.

Se oían voces.

Vaciló confusa en el pasillo, retrocedió hasta la cocina para coger un cuchillo y respiró profundamente antes de volver sobre sus pasos. Dubitativa, muy nerviosa, al pasar de nuevo junto a él estuvo a punto de coger a su pequeño y escapar hacia la calle. No pensó en avisar a la policía ni en pedir ayuda a los vecinos. Escuchó algo familiar, como un estertor sordo, y con el cuchillo por delante se deslizó por el parqué como una exploradora india entre osos grises. Avanzó, tragó saliva en la antesala de su dormitorio y abrió la puerta despacio sin imaginar todavía, ni remotamente, lo que sucedía.

Al entrar, la imagen fue grotesca.

A contraluz, con el cuchillo levantado, provocó un grito femenino de terror. Tardó en interpretar lo que veía. Sobre su lecho conyugal dos siluetas se habían separado abruptamente después de su llegada, abandonando los espasmos y las voluptuosas contorsiones que los ocupaban.

Por un instante oyó su nombre entre zumbidos, pero no fue capaz de reconocerlo como propio.

Cuando su mirada se acostumbró a la escasez de luz, comprendió que era una mujer lo que la miraba con gesto indefinible, entre la sorpresa, el pudor y el desagrado. Ni siquiera le pareció atractiva. Se fijó sucintamente en sus pechos grandes y caídos, peores que los suyos tras la maternidad; en las mallas que oscilaban sobre el edredón hecho a medida, en la melena lacia y despeinada que, lánguida como su espíritu, se acumulaba al lado de su cara cuando se observaron.

No pudo sostenerle la mirada.

Tampoco a Bruno, su amor, cuando encendió la luz de un modo impropio, rayano en lo grosero, y evidenció sin cortapisas la mediocridad de su oponente.

—Perdóname. ¡Cariño! —le oyó balbucir mientras cerraba la puerta a sus espaldas, humillada, frustrada, avergonzada e indefensa al mismo tiempo, sin saber qué hacer y sin el ánimo necesario para enfrentarse a lo que fuera, ni a la verdad ni a sus mentiras. Apenas tuvo tiempo de sentir que él se incorporaba e, inmediatamente, aterrorizada por sus sentimientos, miró el cuchillo un solo instante antes de arrojarlo al suelo como si quemara. Echó a correr mientras el dolor le arrasaba los ojos. Abrió la puerta de la entrada y empujó hasta el ascensor el carro de su hijo con el único objetivo de escapar de lo vivido.

Fue entonces, tras el portazo final, cuando Jorge comenzó a llorar a pulmón roto.

La puerta corredera del elevador se cerró ante ellos haciendo un ruido seco. Ainhoa pulsó el botón con dedos temblorosos.

Al llegar abajo, abandonaron el edificio entre resuellos e hipidos.

Cuando el corazón está herido, todas las tardes son gélidas; si bien tampoco le acompañó la climatología a la azorada Ainhoa. Anduvo sin dirección alejándose del barrio, llorando entre susurros mientras su retoño lo hacía a voz en grito. Cruzó sin voluntad el puente de Piedra, donde el cierzo los golpeó con sus sopapos de hielo. Sin haberlo decidido se encontró delante de las puertas del Pilar. Sintió ganas de entrar, pero los berridos de Jorgito se intensificaron tanto que se sintió ajena a aquel lugar de encuentro, más sola que nunca. Así que rebuscó en el bolsillo de su pantalón, entre la calderilla, mientras lamentaba haberse dejado el bolso, la documentación y la cartera en la cocina. No estaba familiarizada todavía con esas monedas nuevas y cobrizas de céntimos de euro, mucho menos con los abusivos redondeos al alza de los precios, pero concluyó que le llegaba para tomarse una infusión en un café cercano. Así lo hizo. E incluso consiguió calmar al niño dándole su pecho, el pobre estaba hambriento y se agarró al pezón, desesperado, con ansias de vampiro.

En el espejo situado enfrente de la barra observó su aspecto deplorable. No había dejado de llorar desde que los vio, tenía la mirada emborronada, tiznada de dolor y de un rímel espeso, grueso, mientras que un hilillo de mucosidad descendía desde su nariz hasta alcanzar sus labios, apretados, que no tenían ánimo siquiera para permitir la entrada de la humeante tila.

—¿Qué voy a hacer ahora? —se preguntó a media voz, aumentando el interés del cliente entrometido que, nada más verlos llegar, había dejado de empapar su ensaimada en el tazón de chocolate—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Como si la entendiera, su hijo se soltó un instante de la teta y se la quedó mirando, sonriente, expresivo, penetrante.

Y le pareció, más que nunca, la viva imagen de su padre.

No les quedó más remedio que volver a casa a medianoche. El bebé tiritaba, los camareros la habían invitado a irse para cerrar el local y las calles de esa ciudad que no sentía suya se le presentaban yermas y afiladas. Las seis horas transcurridas no le habían acallado la tristeza, pero en un esfuerzo final de dignidad se obligó a secar el llanto mientras recorrían los últimos metros de su calle en dirección al portal.

—Cojo el bolso, tus cosas y nos vamos a un hotel —le dijo a Jorge, que jugaba en ese instante, ajeno a todo, con el móvil de muñecos de su carro. Ainhoa Gázquez sabía que no iba a ser sencillo. A pesar del inmenso dolor que la envolvía, quizá por eso mismo, no había podido decidir qué hacer entonces. Sentía un vacío en el estómago, no solo de hambre anquilosado, una desesperación atroz chupándole la voluntad igual que sanguijuelas—. ¿Qué voy a decirle? —se avergonzó como si hubiera sido el otro el ofendido—. ... ¿Y si está con ella?

Las piernas no le respondieron, tuvo que apoyarse en la pared.

Tomó la precaución de llamar al portero automático para avisar de que llegaba. Por si estaba aún la otra. O tal vez fue una prueba de su subconsciente: necesitaba comprobar si era capaz de escuchar la voz de Bruno sin llegar a desmayarse.

No respondió nadie.

Volvió a llamar, cerciorándose de que lo hacía en el botón correcto.

Nada.

Por un momento, respiró aliviada.

Si no estaban allí podría atrincherarse en su vivienda, encerrarse con el niño en terreno conocido hasta ordenar sus ideas. Llamar al pueblo a casa de sus padres, aunque no hoy, era muy tarde, se llevarían un buen susto y un mayor disgusto y, en realidad, ella tampoco tenía ganas de hablar sobre su estado. Solo deseaba dormir a su pequeño, tumbarse en el sofá hasta perder la consciencia, por ver si al despertarse ya estaba todo resuelto.

Deambuló por la casa y comprobó que no había nadie. Se acercó hasta el dormitorio, donde refrenó una arcada mientras se acercaba a la ventana; olía a sexo, a traición, a su derrota. Conocía bien el aroma corporal de Bruno, muy especialmente cuando se

excitaba, y permanecía en el ambiente mezclado con otro aroma dulce, desagradable, pegajoso, que sintió como una pátina de chapote adhiriéndose a su estómago. «Es el olor de esa puerca», se dijo mientras subía la persiana y abría la hoja corredera del ventanal situado en su lado de la cama. Abandonó el cuarto corriendo, literalmente, y cerró con un portazo para librarse de esa sensación de angustia que derivó en una hostilidad creciente, ingobernable, la cual estalló con una retahíla de improperios y dos jarrones estampados.

Cayó en la cuenta entonces de que, uno de los dos, o incluso juntos, había hecho la cama. Como si arrebujaando las sábanas y alisando el edredón todo quedara tapado. Como si no conservara ese catre la contaminación de la mentira, los fluidos de la ingratitud y el hedor de la traición.

¡Qué asco!, pensó. Y los volvió a insultar una y otra vez hasta que no quedaron adornos ni marcos en el mueble del recibidor. Verlos destrozados en el suelo del pasillo la sumió, de nuevo, en la zozobra del llanto. Y los gritos de Jorge, en pleno ataque de cólico, no facilitaron que se serenase.

Pasó la noche tumbada en el sofá, abrazada a su hijo, que se durmió tarde con el sabroso pezón de su mamá dentro de la boca, el cual mordisqueaba dolorosamente, ora en sueños, ora despierto, con sus dientitos de leche. Pese al daño que le producía, Ainhoa se quedó traspuesta. Mal durmió, lloró entre pesadillas, anestesió sus dudas. Pero, en cuanto amaneció, se despertaron con ella.

—¿Dónde estará el muy cabrón? —se preguntó el primero, el segundo y el tercer día de abandono. Aún no había encontrado el ánimo suficiente para llamar a Covaleda, donde vivían sus padres.

Bruno no volvió a esa casa.

Desapareció.

No le dijo adiós. No dejó una nota.

Ainhoa lo previó cuando descubrió que faltaba una maleta, parte de su ropa y sus productos de aseo. Tampoco estaba el sobre con mil euros que guardaban en el doble fondo del armario, por si acaso acontecía un imprevisto.

Bruno, por lo visto, así había considerado lo ocurrido.

Lo peor no es que la pobre mujer fue traicionada, robada, abandonada. Peor aún fue que se sintió culpable por no haber sido

capaz de decir nada. Por haberse ido de allí sin presentar batalla. Por no haber tenido el coraje de decirle, al menos, que era un sinvergüenza y un mal hombre; y la otra una *comepollas* y una guarra, que la tortilla siempre termina por volverse e iba a caerles el huevo hirviendo en sus cabezas, que era una zorra, y él un cabronazo, y siempre lo serían. Y que además era un cobarde por haberse marchado de ese modo, sin afrontar lo ocurrido. Entonces se sentía muchísimo peor porque se sabía tanto o más cobarde que él, pues ella los había dejado en aquel cuarto, derrotada, sin poder decirles nada.

Cobarde o no, se quedó sola.

Y cuando recuperó la capacidad de decidir, muchas de las decisiones trascendentes ya estaban tomadas.

Perdió su casa, la estima y a su hijo.

Perdió un trozo del alma.

En México D. F. la vida de los hombres tiene precio, y no suele ser alto. Duc el Español lo sabe bien, y lo aprovecha, porque él es uno de los que perciben los ingresos. Es un especialista, un profesional, y hoy tiene un encargo. Por eso se encomienda a la protección de Jesús Malverde, el patrón de los narcotraficantes, cuya estatuilla sostiene entre las manos de verdugo con delicadeza, sereno y concentrado, como si estuviera acariciando el cutis de su hijo. Antes de ser venerado, Malverde no fue un delincuente al uso, sino algo así como el Robin Hood de Sinaloa. Cuando el gobernador Porfirio Díaz, hartado del azote que suponía este malhechor para su tierra, puso precio a su cabeza, cuenta la leyenda que, sabiéndose enfermo de gangrena y próximo a la muerte, pidió a un compadre que lo entregara y destinara el dinero de su recompensa a la beneficencia. Pero como el bueno era Malverde y no el compadre, este cumplió la parte de entregarlo, aunque no la otra, y desapareció con el premio. Malverde fue ejecutado el 3 de mayo de 1909, y fue colgado de un árbol hasta que la cuerda que lo sostenía se quebró, y sus restos quedaron amontonados en el suelo. Como se había prohibido expresamente dar sepultura a su cadáver, la gente de Culiacán empezó a llevarle piedras que iban colocando sobre el cuerpo, hasta que se formó un montículo tan grande que llegó a cubrirlo. Se corrió la voz de que, a cambio de las piedras, concedía favores. Así se fue alargando su leyenda hasta convertirse en un auténtico santo para los inmigrantes, los pobres y, con posterioridad, los más temidos narcos. Todos le hablan y confían en su generosidad mientras le ofrecen presentes, pesos, dólares, botellas de tequila, ropa, canciones o notas caligrafiadas con mala ortografía en trozos sueltos de papel. Tiene una capilla en Culiacán, presidida por su busto, si bien muchos de sus fieles poseen réplicas de él en sus viviendas, a las que adoran con la intensidad de los devotos.

El Español dejó la figura en el improvisado altar de la pared septentrional de aquella habitación y se encendió un habano. La bocanada le llenó el pulmón de aliento; entonces, en un gesto litúrgico, colocó el cigarro ante la figura del bandido. A continuación acarició su pistola, le puso el cargador, se guardó otro por si acaso en el bolsillo posterior de su tejana y pasó el arma tres veces junto a la imagen tridimensional de la Santa Niña Blanca.

A continuación acomodó la botella de tequila, las flores, los casquillos de bala y el resto de las ofrendas junto a la estatuilla de la túnica negra, ante la cual se arrodilló solemnemente, cumpliendo el rito que repetía antes de salir a trabajar:

—Contigo voy, Santísima Muerte; en tu poder camino confiado. Voy yendo de ti amparado, mi alma volverá segura. Dulce Madre, no te alejes. Santísima Muerte de mi adoración, no me desampares de tu protección —oró impostando cada palabra con delectación, despacio, sintiendo aquel mensaje con la segura convicción de su valía—. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Se persignó mecánicamente, guardó la Glock austríaca con cargador de quince tiros, calibre 9 milímetros Parabellum, y consultó su reloj. Era la hora prevista. El móvil le sonó tras un par de minutos. Dejó perderse la llamada, se colocó el gorro deportivo negro en la cabeza, tocó por instinto la pistola embutida en su cinturilla y salió a la calle.

Ya había trabajado con Hernández Flores en numerosas ocasiones. Manejaba bien la moto, era metódico y gozaba, como él, de la máxima confianza de sus jefes.

—¿Qué pasa, güey? —le saludó levantando la visera del casco para que pudiera comprobar quién era—. Se trata de un «doctor de esquina», aquí tienes su foto. A esta horita sale de su casa cada día. No hay riesgo, güey. Todo está listo.

El Español no necesitaba saber más sobre el asunto. Contempló la imagen del retrato con determinación, centrado en memorizar cada uno de sus rasgos para no fallar al identificarlo. Le calculó poco más de veinte años. Era un niño moreno, de cejas espesas, rostro delicado, mandíbula cuadrada. Lo miraba desde el papel de un modo extraño, con un ligero estrabismo que humanizaba su rostro, tan lejano e insignificante para él como el de cual-

quier otra víctima. El sicario se guardó la imagen en el bolsillo de la cazadora, se sentó tras el motero y le apretó el hombro en cuanto se acomodó, haciéndole saber que ya podía arrancar.

Cuando la motocicleta adquirió velocidad, Duc sintió un viento molesto sobre el rostro, al tiempo que su compañero aceleraba para enfilarse en la avenida en dirección a Tepito. Conocía bien el barrio, el único en Distrito Federal, una ciudad formada por ciudades. Él había vivido un tiempo allí, en la calle Jesús Carranza, según las estadísticas oficiales, uno de los lugares de origen más populares entre la población reclusa mexicana. El Español, precisamente, dejó esa calle cuando empezó a ganar dinero: prefirió alejarse de aquel barrio tan bravo, peligroso, al cual solía regresar por motivos de tipo espiritual, social y a menudo laboral, pues era uno de los escenarios más frecuentes de sus ejecuciones. De un modo insustancial pensó en lo gracioso que resultaba, en ocasiones, el *narcolenguaje*. A la droga se le llama «medicina», motivo por el cual un «doctor de esquina» es un vendedor de drogas minorista, cercano, de menudeo. Pensó que el objetivo sería otro aprendiz de narco que intentaba abrirse paso desde la miseria, haciendo honor a esa máxima sinaloense aplicable a todo México: «Más vale vivir cinco años como rey que cincuenta como buey». Aquel «doctor de esquina» estaba muerto. Ya no volvería a despedirse de sus familiares, a encomendarse a Dios ni a beber tequila entre compadres. Visualizó su cadáver tendido en medio de la acera, con tres tiros de gracia en la cabeza, bañado en sangre, pasado sin presente. De pronto se dio cuenta de que estaba pensando demasiado.

—¿Cómo es el sitio, Hernández?

—Solitario, con muy buena salida —le respondió el conductor sin alterarse, como un técnico de empresa especializado en la materia.

No conversaron más.

Llegaron con la debida antelación y aguardaron, mimetizados con el barrio, la hora señalada.

El Español, como siempre, estaba muy tranquilo. Tenía tanta experiencia que se había acostumbrado al miedo previo, a la incomodidad de las esperas, al posterior e inevitable subidón de adrenalina.

—¡Ahí está! —le advirtió Hernández.

Duc salió tras él andando. La muerte siempre lleva prisa, así que aceleró su paso hasta alcanzar su espalda. Ya estaba a cinco pasos de distancia. El tipo era tan ingenuo que ni siquiera se volvió una sola vez, por lo que le ofreció su nuca como un blanco perfecto. Apretó la culata con el rostro grabado de la Santísima Muerte, sacó el *fierro* del bolsillo, encañonó a su presa y, al hacerlo, se sintió dueño inmisericorde de su vida, de su familia y sus sueños. Sonó el disparo, todo terminó para aquel chico. Se desplomó como un títere roto. Con todo, pese a saberlo innecesario, actuó con la profesionalidad debida y le descerrajó un par de tiros más en la cabeza, la cual traqueteó por efecto de los postreros impactos. Aún tuvo tiempo de ver de refilón el rostro descompuesto de un testigo, un abuelo de hombros encorvados y camisa sucia que se emborracharía inmediatamente para olvidarlo todo, pues conocía los códigos del barrio y esos no eran asuntos de la gente honrada. La moto de Hernández ya estaba a su lado; en cuanto el Español se montó en ella abandonaron el lugar y dejaron tras de sí la estela de invisibilidad característica de los verdugos de pago.

Y es que, claro está, matar es fácil cuando sabes cómo.